

S. E. Levine, exjudía, Estados Unidos

(parte 1 de 2)



Mi esposo y yo habíamos ido a la masyid (mezquita) para escuchar una conferencia. Fue la primera vez que él me había invitado a la mezquita desde que nos casamos, un año antes. Nos conocimos y nos casamos mientras trabajábamos como consejeros a abusadores de sustancias en un centro de rehabilitación.

No podríamos haber sido más diferentes en un comienzo, pues proveníamos de orígenes completamente distintos: él es negro y yo blanca, él era musulmán y yo era judía. A pesar que él nunca me pidió que me hiciera musulmana antes de nuestro matrimonio, me daba da`wah (invitación al Islam) silenciosa con su excelente ejemplo.

Él tenía una biblioteca islámica extensa, y como era una lectora entusiasta, naturalmente leí muchos de sus libros. También me fijé en su comportamiento modesto, lo observaba haciendo salah (oración) cinco veces al día, asistir a la oración del yumuah los viernes, y ayunar durante el mes de Ramadán. Por lo tanto, era natural que desarrollara en mí el interés por su religión.

Cuando llegamos a la mezquita, señaló la entrada a la sección de mujeres. Acordamos encontrarnos en el parqueadero mucho después que terminara el evento. “Está bien, puedo hacer esto,” pensé para mis adentros mientras ingresaba al pasillo oscuro y húmedo y bajaba los escalones empinados.

Nunca antes tuve problemas haciendo amigos. Siempre disfruté las situaciones multiculturales y aguardaba con interés la noche.

Mi esposo había sugerido que vistiera algo modesto para la ocasión. Pasé las manos por las largas mangas de mi vestido, estirándolas y alisándolas. Estaba segura de que las mujeres de la mezquita aprobarían mi apariencia.

Sin embargo, cuando llegué al final de las escaleras y atravesé la puerta marcada “hermanas”, pude sentir de inmediato una tensión fuerte en el ambiente,

desconfianza, distanciamiento y confusión. Todas las cabezas cubiertas con velo se voltearon en dirección a mí y las mujeres musulmanas se quedaron viéndome como si tuviera dos cabezas. Quedé estática en la entrada, mirándolas.

Nunca había visto tantas musulmanas juntas en un mismo lugar. Muchas de ellas vestían el hiyab tradicional, pero dos me miraban a través de las cubiertas de sus cabezas que sólo dejaban ver sus ojos. Otras pocas estaban sentadas con sus velos sobre los hombros. Cuando me vieron, se los pusieron sobre la cabeza.

Entonces, una de ellas se levantó de su silla, se acercó a mí y se presentó como la hermana Basimah. Al menos ella me daba la bienvenida.

“Hola,” dije. “Mi nombre es Sharon. Esto aquí para la conferencia.”

“¿Estás con alguien?” preguntó.

“Mi esposo está arriba,” respondí.

“¡Oh! ¿Tu esposo es musulmán?” preguntó.

“Sí. Sí, lo es,” dije.

“Alhamdulillah,” dijo. “Ven aquí y siéntate con nosotras.”

Me llevó a una mesa en la que estaban sentadas tres mujeres. Eran las mujeres exóticas más hermosas que había visto. En cuanto ella nos presentó, olvidé cada uno de sus nombres, que eran igualmente exóticos. La hermana Basimah entonces se levantó y fue a saludar a más personas que acababan de llegar.

“¿De dónde eres?” me preguntó una de ellas. Le respondí que soy estadounidense descendiente de europeos orientales, nacida en la ciudad de Nueva York.

“¿Y de dónde es tu esposo?” fue la siguiente pregunta.

“Es de Estados Unidos.”

“¿Pero de dónde es?”

“De Filadelfia,” respondí.

“No, quiero decir de qué país proviene.”

“Es estadounidense, nacido en los Estados Unidos, es afroamericano, de Filadelfia,” respondí, pensando que había alguna barrera idiomática. Luego supe que muchas de las mujeres caucásicas de la mezquita estaban casadas con hombres árabes.

“¡Ah!,” dijeron todas al unísono y bajaron sus miradas encantadoras.

“¿Piensas hacerte musulmana?”, me preguntó otra, mirándome con una expresión radiante en su rostro.

“No,” respondí, “soy judía.” Bueno, me gustaría que hubieran podido ver la expresión en sus rostros. Tan pronto como fue cordialmente posible, cambiaron de tema.

“¿Tus hijos son musulmanes?”, preguntó una de ellas, volviendo al interrogatorio.

“No,” respondí, “no tengo niños.” Eso fue todo; sus intentos por encontrar algún terreno común conmigo habían fallado. Me sonrieron y ocurrió algo increíble para lo que no estaba preparada: comenzaron a hablar en árabe.

Seguí sentada con ellas en la mesa. En su mayoría, hablaban entre ellas en árabe y me sonreían. A medida que más mujeres llegaban a la mesa, me presentaban en inglés, “ella es Sharon. Es judía.” Luego continuaban hablando en árabe.

Cuando comenzó el evento, las mujeres se reunieron en la sala de oración y todas se sentaron en el piso sobre la alfombra. Pero después de cinco minutos, las mujeres comenzaron a conversar unas con otras, ahogando el sonido de la conferencia que se estaba transmitiendo a través de altavoces estéreo desde arriba.

(parte 2 de 2)

Después que terminó el evento, las mujeres fueron a la cocina a preparar comida. La hermana Basimah se me acercó y me dijo que me sentara y me pusiera cómoda hasta la hora de comer.

“Pero permíteme ayudar,” le ofrecí.

“¡No! Eres nuestra invitada. Han llegado algunas hermanas estadounidenses. Voy a presentártelas,” respondió.

La hermana Basimah le hizo una señal a una mujer en el otro extremo del salón. Ella vino y las dos se besaron en las mejillas y se saludaron con una alegre expresión árabe. Luego se volvieron hacia mí.

“Ella es Sharon. Es judía. ¿Podrías acompañarla hasta que comamos?”, le dijo la hermana Basimah a la otra mujer.

“¡Oh, sí!”, contestó. “Hola, Sharon, soy la hermana Arwa!”

La hermana Arwa y yo nos sentamos y comenzamos a conocernos. Le pregunté cosas como cuánto tiempo llevaba de musulmana, si estaba casada con un musulmán, etc. Entonces, ella dejó caer la bomba.

“¿Por qué mataron ustedes a Jesús?” me preguntó.

“¿Qué?” le respondí. Mi cara debió mostrar mi sorpresa e incredulidad.

“Es decir,” preguntó de nuevo, esta vez suavizando la pregunta, “¿por qué los Judíos mataron a Jesús?”

¡No podía creer lo que estaba oyendo! Quedé atónica y dolida por la pregunta. Me di cuenta por la mirada inocente en su rostro que ella realmente quería saberlo. Quizás nunca había conocido a una mujer judía antes, y esta era su primera oportunidad real de obtener una respuesta para su pregunta candente.

Cuando me la presentaron, agradecí su compañía, después de todo ella era la primera estadounidense que había visto esa noche. Ahora quería levantarme de la mesa y salir corriendo. Entonces se me subió la ira.

Dándole una mirada hiriente, le respondí entre dientes: “No matamos a Jesús, lo hicieron los romanos.” Ella me devolvió la mirada de un animal herido. Sus labios se abrieron para decir algo, pero antes que pudiera hacerlo, alguien la silenció.

“Discúlpame,” me dijo, “ya vuelvo.” Pude escuchar alivio en su voz.

Un grupo de hermanas afroamericanas llegaron a la mezquita y pasé el resto de la noche en su compañía. Antes de salir para reunirme con mi esposo, la hermana Basimah me dio su número telefónico y me animó a llamarla para que concretáramos un encuentro.

La llamé y desarrollamos una hermosa amistad. Ella me habló sobre el Islam y sobre Dios. ¡Fue por ella que me enteré que nadie mató a Jesús! Aprendí que Dios lo elevó hacia Sí.

Ella sabía que estaba interesada en el Islam y podía sentir que mi corazón estaba buscando y anhelando paz espiritual. Una noche, mientras mi esposo y yo visitábamos su casa, ella vino y me invitó al Islam.

El punto de quiebre se produjo cuando ella me explicó que todos mis pecados serían perdonados cuando ingresara al Islam. Ella dijo que yo renacería, como un niño recién nacido, sin pecados, con otra oportunidad. Rompí a llorar.

Quería otra oportunidad de estar bien con Dios. Había tenido un pasado muy accidentado. Siempre amé a Dios, pero me perdí en la vida. Le pedí a su esposo que me ayudara a hacer la Shahadah.

Cuando le conté a mi esposo lo que iba a hacer, estuvo sorprendido y feliz al mismo tiempo. Me preguntó si realmente estaba segura de mi decisión, como si no pudiera creer lo que oía. Le respondí que nunca estuve más segura de nada en toda mi vida. No había una batalla interna, ni temores, ni dudas.

Después que dije la Shahadah, el esposo de la hermana Basimah me dijo “¡Mabruk (felicitaciones)! ¡Ahora eres musulmana!”

Cuando regresé a casa, mi esposo me dio de regalo mi primer Corán y un resumen de Sahih Al Bujari. Antes de dejar la casa de la hermana Basimah esa noche especial, ella me regaló un folleto acerca de la modestia de la mujer musulmana. También me dio un tapete para rezar, un vestido para la oración y un hiyab (velo para cubrir la cabeza).

He usado hiyab desde ese día, alhamdulillah. Nunca me lo he quitado, ni siquiera después de los días terribles que siguieron al 11 de septiembre de 2001.

Cuando me hice musulmana, en julio de 1998, mi padre me desheredó definitivamente. De hecho, había estado muy molesto conmigo por haberme casado con un musulmán, y se negó a reconocer a mi esposo como su yerno.

“¡Pero Sharon, esa gente nos odia!” gritó.

Todos los esfuerzos por explicar la diferencia entre la religión pacífica del Islam y la lucha política entre palestinos e israelíes cayeron en oídos sordos. No importaba que mi padre hubiera sido el primero de su familia en casarse fuera del Judaísmo. Mi madre era católica practicante cuando se casaron.

Para agravar las cosas a ojos de mi padre, mi esposo también era afroamericano. Antes del 11 de septiembre de 2001, la mayoría de los estadounidenses pensaban en Malcolm X cuando se mencionaba el Islam. Muchos otros miembros de la familia también me hicieron saber cuán decepcionados y frustrados se sentían con mi decisión de casarme con un “musulmán negro.”

Mi padre murió en agosto de 2001, un mes antes de los eventos del 11 de septiembre. A pedido de la esposa de mi padre, mi familia no me informó de su muerte hasta después que pasó el funeral. ¿Acaso temían que apareciera en la sinagoga vestida como musulmana y acompañada de mi esposo negro?

Se nos enseña que la religión del Islam es para todos y para toda época. No debería importar si eres musulmán egipcio, pakistaní, estadounidense, saudí, indonesio o palestino. No debería importar si eres hombre o mujer, blanco, negro o amarillo. No debería importar si hablas árabe, inglés, español o urdu. Nuestra diversidad cultural no debería dividir nuestra Ummah (nación). Dios nos dice en el Corán que:

“Los he creado a partir de un hombre y de una mujer, y los congregué en pueblos y tribus para que se reconozcan los unos a los otros.” (Corán 49:13)